050/28
CARLOS

MIRO QUESADA LAOS

MINISTERIO DE MARINA
REPUBLICA PERUANA
BIBLIOTECA
SE RUEGA DEVOLVER AL
TERMINO DE SU CONSULTA

F645

LOS O'HIGGINS y LIMA

La portada representa el monumento ecuestre al fundador de la Independencia de Chile y el Perú, Capitán General y Gran Mariscal, Bernardo O'Higgins. Esta estatua se erigirá en Lima, con la colaboración de los Clubes de Leones de Chile, por el Supremo Gobierno de Chile, quien la ha donado a la Ciudad de los Reyes, en cumplimiento a una sentida aspiración y a una antigua promesa.

El autor del libro: DE SANTA ROSA A LA PERRICHOLI, Carlos Miró Quesada Laos, autorizó la publicación de esta "separata" intitulada: "Los O'Higgins y Lima", en nuestro país, como una delicada atención del pensamiento de su pueblo, en la expresión fraternal hacia el prócer, y como una deferencia a los tradicionales lazos de hondo afecto, existentes entre el Perú y Chile.

Al publicarla en nuestra patria, contribuímos de manera muy especial, a afianzar estos lazos que se han venido prolongando y robusteciendo a través del tiempo, y a profundizar el conocimiento que se tiene de la historia, y a desvirtuar, a su vez, cualquier idea vacilante que aún pueda mantenerse, sobre el desarrollo de los acontecimientos históricos y su proyección en la vida política econó-

(A la solapa posterior)

MINISTERIO DE MARINA

TECA "GENERALISIMO SAN MARTIN"

A EN QUE DEBE SER DEVUELTO

CARLOS MIRÓ QUESADA LAOS

Ex Embajador del Perú en Chile y Presidente del Comité Peruano Pro Monumento de O'Higgins, en Lima.

LOS O'HIGGINS Y LIMA

MINISTERIO DE MARINA
BIBLIOTECA

SANTIAGO DE CHILE
1960

MNP/Cust/2445

MINISTERIO DE MARINA
BIBLIOTECA

Esta edición constituye el homenaje oficial del Instituto O'Higginiano de Chile y de los Clubes de Leones de Chile y Perú, al Sesquicentenario de la Independencia.

MUSEO NAVAL DEL
Biblioteca
Julio J. Elías
153

MINISTERIO DE MARINA
REPUBLICA PERUANA
BIBLIOTECA

"Es mi deber primordial, agradecer a "nombre de todos nosotros, de nuestros Go- "biernos y de nuestros pueblos, la hospitalidad "de Chile y de su Congreso. Evoco para enal- "tecerla, como símbolo de este pueblo, de su "vocación de libertad y también como paradig- "ma de la amistad entre Chile y el Perú, para "depositar ante ella nuestro simbólico tributo "de homenaje, a la figura de Bernardo O'Hig- "gins, fundador de la Independencia de Chile "y la del Perú, quien, educado en los centros "de la cultura colonial peruana, fue como "Washington y como San Martín, la encarna- "ción del desinterés cívico. Asceta del deber y "estoico de la victoria, el héroe chileno se des- "pojó de sus insignias militares, al día siguien-

"te de Ayacucho, por ostentar su personalidad "civil y fue a buscar el anonimato y el olvido, "bajo la niebla de Lima o en la paz de Montal- "ván, entre viñas y maíces geórgicos, para dar "a la hospitalidad peruana, un nombre en la "geografía de la gratitud y el desprendimiento, "como el de Boulogne Sur Mer, como Mont "Vernón o como Santa Marta. Su nombre, co- "mo dijera el Perú al devolver sus restos, "fue "simbólico en el poder, en la proscripción y en "la tumba, para servir a la gran causa de la "unidad americana".

(Palabras pronunciadas por el Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Dr. Raúl Porras Barrenechea, con ocasión de la V^a Reunión Consultiva de Cancilleres Americanos celebrada en Santiago de Chile, 1959).

PROLOGO



(Adhesión del Instituto O'Higginiano y de los Clubes de Leones de Chile, a los actos de celebración del Sesquicentenario de nuestra patria).

INSTITUTO O'HIGGINIANO DE CHILE

DOS PALABRAS

Senador HUMBERTO AGUIRRE DOOLAN
Presidente del Instituto O'Higginiano de Chile

Al cumplir 150 años en el forjamiento y consolidación institucional de la Nación, Chile entero vuelve los ojos al pasado y siente la enorgullecedora satisfacción de la jornada cumplida. Y hay en ella, gratitud y fe. Gratitud hacia los creadores de su Libertad, a quienes debe los cimientos de su inspiración republicana y democrática, a los Jefes de Estado del pasado siglo que consolidaron su organización estatal, y a quienes en lo que va corrido del presente, dieron proyección de Estado moderno a esta esforzada República de América austral. Y por último, fé en sus hombres y en su Destino, que sin arredrarse ante los embates de incontroladas fuerzas negativas, desplie-

ga su velamen hacia el desconocido mar del porvenir, al que desafía con valerosa audacia de argonauta.

Chile exhibe entre sus hombres símbolos, la figura ejemplar y sin paralelos, de su Libertador y Estadista, conjunción de las más altas virtudes de nuestro pueblo y nuestra raza, elevándose con señorial dignidad y grandeza al servicio supremo de los altos ideales de la América toda.

El Instituto O'Higginiano de Chile, con sus filiales a lo largo de todo el país, desea destacar y presentar como arquetipo de chilenidad al autor de nuestra emancipación política e indiscutible máximo prócer de tan gran gesta histórica. La figura de Dn. Bernardo O'Higgins Riquelme, no sólo llena todo el plano nacional, sino el continental, comprendió como nadie que para los pueblos dispersos de nuestra América, llegaría un día en que las alegrías, los intereses y esperanzas de cada uno de ellos, serían sin duda los intereses y esperanzas comunes de todos en nuestra inmensa Patria Grande americana. Para cumplir con esta finalidad espiritual, chilena y continental, el Instituto O'Higginiano ha solicitado la correspondiente autorización a Dn. Carlos Miró Quezada Laos, ex-Embajador del Perú en Chile y actual Presidente del Comité Peruano pro-monumento a O'Higgins en Lima, para que con su superior mentalidad americanista, permita la publicación de este folleto, que contiene un capítulo de su obra "De Santa Rosa a la Perricholi", y que intitulado "Los O'Higgins y Lima", reproducimos íntegra y fielmente como el mejor homenaje que un peruano ilustre pueda rendir al gran Libertador americano de cuya visión histórica vivimos aún los pueblos de América austral. Deseo dejar constancia en nombre de la institución que presido, de la gratitud hacia el Club de Leones Internacional, cuyas filiales chilenas y peruanas hicieron posible proyectar en nuestra época, tan materialista y por lo mismo tan distante

de los altos valores del espíritu, la personalidad y la obra de don Bernardo O'Higgins. El monumento a nuestro prócer, en la ciudad de los Virreyes próximo a inaugurarse gracias a sus desvelos y acendrado americanismo, será el sagrado símbolo de la hermandad de nuestros dos pueblos, que nadie como el héroe de El Roble, Rancagua, Chacabuco y Maipo, supo sentir más hondo.

De la lectura de estas páginas debe quedarnos además, la idea de lo que es y debe ser nuestra América Latina, y el pensamiento de sus pro-hombres y Libertadores, por lo que la evocación de O'Higgins cobra resonante actualidad como un llamado a la conciencia de la comunidad continental.

El Instituto O'Higginiano de Chile, cree cumplir con el fervoroso deseo del Padre de la Patria, de unidad de los pueblos a los que contribuyó a libertar consagrandoles sus más sagrados sueños y desvelos. La lectura de su correspondencia y demás documentos de la época, hábilmente manejados por el talento del Sr. Miró Quezada, dan la certeza de que el prócer siempre consideró a nuestro continente como un todo que debió nacer y vivir unido para cumplir su alta misión histórica.

Las páginas que siguen, son un brillante homenaje al soldado, al estadista y al hombre. Su ejemplo constituye el camino señero para alcanzar el destino soñado por nuestro héroe, como por los más grandes creadores de pueblos del mundo colombino.

H. A. D.

Santiago de Chile 1960, año del sesquicentenario.

NOTA MARGINAL



Se ha dicho con extraordinaria clarividencia, que los pueblos que por no conocerla o profundizarla, no aman su historia, corren el grave riesgo de no poder hacerla. Y como la historia —ya sea como arte o como ciencia —gira en torno a valores fundamentales, el no adjetivar la proyección de ciertos hombres esenciales al desenvolvimiento de una nación o de un grupo de naciones, equivale a poner una nota de incertidumbre en la conquista del porvenir.

Si cada época tiene sus signos característicos, la nuestra deberá ser reconocida por la aparición de los pueblos continentes. Asia, Africa, y el Oriente Medio son ejemplos de bastante actualidad en la realización de este destino histórico a que con clara vocación están llamados los hombres que habitan en una misma órbita geográfica. Este fué por lo demás, el ideal de los Libertadores para quienes el concepto de libertad política entrañaba igualmente el de la unidad en el ejercicio de ese derecho inalienable.

Las generaciones que han sucedido en la perspectiva del tiempo a esos hombres de leyenda, parecen haberle dado vueltas las espaldas a la responsabilidad de un llamado que aún golpea incesantemente la conciencia de la juventud americana. Pero hoy el triple grito de Bolívar en Angostura, clamando por la Unidad como di-

visa y programa de acción americano, ha dejado de constituir un lamento y parece definitivamente encaminado a transformarse en la voz de orden de los que sienten la responsabilidad por el futuro del hemisferio.

Nadie sirvió mejor ayer, ni encarna mejor hoy, la urgencia de dicha profesión de fé, que la personalidad —extraordinaria y excelsa— de Bernardo O'Higgins Riquelme. Los chilenos que hemos querido, inconcientemente, aprisionar su recuerdo entre nuestra cordillera y nuestro mar, hemos visto que su perspectiva nos conjuga con Argentina y nos leva a una perfecta comunión con el Perú. Más americano que chileno, como ha dicho un historiador de nuestra patria, o tal vez por chileno doblemente americano, su solo nombre evoca el deseo íntimo de todo nuestro continente para realizarse mancomunadamente.

Con toda razón al devolver sus restos a Chile en 1868, pudo el entonces Ministro de Relaciones Exteriores de dicha nación, José Antonio Barrenechea, decir al Almirante Blanco Encalada: "Vuestro Capitán General nos pertenecía, pero era ante todo vuestro. Por eso os lo devolvemos. Sin embargo, esas cenizas os dirán que estaban naturalizadas en el Perú. ¡Singular destino el del Capitán General, Gran Mariscal O'Higgins! En el Poder, en la proscripción y en la tumba sirviendo siempre a la misma causa: a la Gran Causa de la Unión Americana".

Francisco Javier Díaz Zalazar.

LOS O'HIGGINS Y LIMA

Ha sido costumbre —y encuentro que costumbre que no reposa en la perspectiva de los tiempos idos— hacer comparaciones para saber quién fue más importante, más recio o decisivo en la libertad de América. Estimo que no hay que buscar la vertical de la historia para ir poniendo unas figuras sobre otras. Pienso más bien en la horizontalidad de la historia donde hay lugar para todos y donde se les puede colocar en puestos de honor. La horizontalidad del campo histórico es más propicia para situar a los hombres que crearon patrias y forjaron el destino con la pujanza de su esfuerzo. Y entonces veremos que los picachos se saludan como hermanos y no se encrespan como rivales. Eso pienso cuando en el plano horizontal del homenaje americano alineo a los personajes de la Independencia. Desde luego que la horizontalidad se refiere a quienes fueron dignos los unos de los otros, porque siempre tiene que haber la necesaria correspondencia y una honrosa similitud de virtudes. Los cuatro grandes de América son: Miranda, San Martín, Bolívar y O'Higgins

Miranda fue el Precursor, San Martín el Soñador, Bolívar el Realizador y O'Higgins el Organizador; pero todos iniciaron, soñaron, realizaron y organizaron. Y así los símbolos se completan y un fuerte abrazo une

a los bravos Capitanes en el afecto de las generaciones donde no debe haber excluyentes verticales. Se puede ser bolivariano y admirar a los otros soldados principales de la Emancipación, se puede ser sanmartiniano y no por eso dejar de rendir reverencia a preclaros y señeros personajes.

He llamado a Francisco de Miranda el Precursor, porque fue el maestro de todos en la visión y en el tiempo, en el calendario y en el propósito; a San Martín lo llamo el Soñador porque el paso de los Andes fue un sueño realizado y la independencia de Chile y el Perú otro sueño cumplido; a O'Higgins lo considero el Organizador porque la Expedición Libertadora que salió de Valparaíso fue su obra; a Bolívar el Realizador, porque en Junín y Ayacucho culminaron los desvelos de la acción.

Para los peruanos la figura de O'Higgins es doblemente solidaria. El apellido O'Higgins era ya ilustre desde que en 1796 el Virrey Don Ambrosio entró en la Casa de Pizarro en nombre del Rey de España. La Plaza de Armas está unida a los O'Higgins. Desde entonces el Perú se vincula al apellido que sería memorable en la Colonia y en la República. El Marqués de Osorno primero y el Mariscal Don Bernardo después, están metidos en nuestra historia. El padre y el hijo conocieron la Plaza de Armas, adornada una vez con el pendón monárquico de la casa reinante y más tarde con los republicanos oriflamas de la emancipación y las democráticas banderas de la libertad.

O'Higgins nació en Chile y murió en el Perú. No voy a estudiar sus hechos de armas que son de sobra conocidos. Nada nuevo podría decir de su vida, pero quizá algo nuevo podré decir de su muerte y es que el Perú recuerda aún hoy, a mucho más de un siglo de su

fallecimiento, a quien fue campeón de ideales americanos y constructor de una era fuertemente histórica. El tema militar lo han tratado Barros Arana, Vicuña Mackenna, Agustín Edwards, Domingo Amunátegui Solar, Gonzalo Bulnes, Eugenio Orrego, Jaime Eyzaguirre y muchos otros escritores chilenos. Yo prefiero recordar los vínculos existentes entre los O'Higgins y Lima.

Comenzaré por hacer una semblanza del Virrey quien nació "entre 1720 y 1725 en Irlanda". Su niñez fue modesta. Historiadores imaginativos quieren darle blasonada alcurnia a quien parece no tuvo otros títulos que su deseo de triunfar ni más auténticos pergaminos que un carácter tenaz para salir airoso de la prueba. Al cumplir los diez años fue enviado a Cádiz, al lado de un tío suyo, sacerdote jesuita, que lo hizo educar en el Colegio de la Compañía de ese lugar. Pero no iba a ser sacerdote. Su vocación era muy otra. Vino a América en busca de fortuna y renombre. Se cree que fue entre los años 1750 y 1755 que llegó a Lima por primera vez para ejercer el oficio de mercachifle. Afirma Stevenson en "Twenty years Residence In South America", que puso tienda. No se ha determinado bien dónde estaba esa tienda, pues mientras algunos afirman que se encontraba en una de las covachuelas del Palacio de Gobierno, otros dicen que fue en la calle Judíos. Fracasado el negocio, pasó a Chile, donde era Capitán General Manuel de Amat. En 1789 fue ascendido a Mariscal de Campo y nombrado Capitán General del Reino de Chile y Presidente de la Real Audiencia de Santiago. Pocas carreras más meteóricas y fascinantes y cuando se lee su biografía parece que nos encontramos ante una novela.

José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra dice: "Gobernó Chile con gran tino y habilidad marcando su

gobierno con obras importantes, fundando durante él los pueblos de Vallenari y San Ambrosio de Ballenar, y reconquistando y repoblando la ciudad de Osorno, servicios que le valieron las extraordinarias y desproporcionadas recompensas de ser creado Marqués de Osorno, elevado a la clase de Teniente General en 1791 y por último nombrado en 1796 Virrey del Perú". Gobernaría en Lima cuatro años, nueve meses y once días.

Vicuña Mackenna en su libro "Vida de O'Higgins", escribe que en 1773 había llegado a Chile un militar ya entrado en años, nacido en Irlanda y que venía a servir en aquel país con el título de "capitán delineador" de las fortalezas de Valdivia. Había cumplido más de cincuenta años y "su vida anterior era tan desconocida que hoy mismo pasa en cierto modo como un misterio". Todo esto es tan evidente que atribuirle títulos nobiliarios y heráldica nobleza parece fantasía. Más que todo Don Ambrosio fue hijo de sus propias obras. Cuando se trata de escribir historia hay que ser veraz y alejarse en todo lo posible del ancho camino de la conjetura. Pienso como Eugenio Orrego Vicuña que "los pueblos que carecen de amor a su historia están en mucho riesgo de llegar a la incapacidad de hacerla". El mismo historiador consigna los siguientes datos respecto al buhonero: "Es posible que no abundaran los bienes económicos en el hogar paterno. Sus padres se llamaron Carlos y Margarita O'Higgins". No trae muchas noticias respecto a la niñez de Don Ambrosio, y se conforma con repetir las afirmaciones de Vicuña Mackenna, aunque en su libro, intenta, a mi modo de ver sin conseguirlo, pintarnos a la familia O'Higgins como distinguida. Repite la tradición de que el futuro Virrey del Perú sirvió a la Condesa de Bective, pese a que declara que esa tradición es errónea. Todo esto es tan bru-

moso que, "el según parece" es frecuente en el relato. Según el Oidor Rodríguez Ballesteros: "Era de cuerpo mediano y grueso, cara redonda, nariz regular, ojos pardos, cejas pobladas, rostro colorado —el rostro de su hijo Bernardo— por lo que en Chile lo nombraban el camarón". En un retrato que he visto del Virrey aparece más o menos con esos rasgos fisonómicos llevando peluca. Sus cejas son en efecto pobladas y negras. Se le ve algo grueso.

Ricardo Donoso dedica una extensa biografía, de quinientas páginas, al Marqués de Osorno y se convierte en uno de sus más brillantes apologistas. Donoso quiere a todo trance borrar la pobreza de la familia O'Higgins y presentarnos un cuadro diferente. Ataca la versión de José Rodríguez Ballesteros, y dice las noticias que consignamos más adelante, siendo la más pintoresca la que ataca la leyenda de sus modestos primeros trabajos. Se refiere al oficio de buhonero que tantos historiadores confirman. Donoso critica igualmente los datos de Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y Barros Arana. El autor de la biografía del Marqués de Osorno, que llama Higgins a la familia en vez de O'Higgins, desea hacernos pensar en que dicha familia tuvo destacada situación y que el nombramiento de Virrey del Perú estaba ampliamente justificado por los servicios prestados a España en tierras de Chile. En cambio Luis Montt dice: "Aparte de su indisputable mérito, ¿cuántos doblones costaría al extranjero don Ambrosio O'Higgins adormecer la suspicacia de la Metrópoli, para elevarse de modesto capitán de Dragones de la frontera de Chile hasta Virrey del Perú". Pese a los esfuerzos de Donoso no se ha podido destruir la versión de la vida muy modesta de los ascendientes del que fue Virrey del Perú. El mismo hecho de que

unos le llamen O'Higgins y otros Higgins estaría demostrando la poca o ninguna importancia del apellido en la etapa anterior a la venida de Don Ambrosio a tierras de America.

La hipérbole asoma con frecuencia en la pluma de Donoso que seguramente es el apologista más destacado de Don Ambrosio, de quien dice: "Estudiada de cerca, juzgada a la luz de los documentos contemporáneos la vida de don Ambrosio Higgins ofrece un admirable paradigma de talento político, de espíritu de iniciativa, de entereza de carácter, de sensibilidad para acometer y realizar las reformas sociales más trascendentales, de valor moral para enfrentarse con los poderosos, de previsión para comprender de inmediato los peligros que amagaban los extensos dominios de Su Majestad Católica". No sólo discrepa, pues, de lo que llama "la fértil imaginación de Don José Antonio de Lavalle", sino que se enfrenta a los historiadores chilenos. No cabe duda que en Chile existe honda vocación por la historia y de allí que la vida de los O'Higgins, padre e hijo, haya dado motivo a la aparición de eruditos y magníficos libros, pero como ocurre siempre o casi siempre en estos menesteres, los autores no se han puesto de acuerdo.

Siguiendo con Donoso, expresaré que se contradice, pues expresa: "Hay una gran oscuridad sobre el origen, la fecha de nacimiento, la juventud y la educación de Don Ambrosio Higgins, y lo poco que sabemos sobre este período de su vida nos ha sido referido por él mismo. Hay motivos para creer que nació en Irlanda en 1720". Las afirmaciones no llegan a ser afirmaciones y hay espesa bruma en torno a la cuna del discutido Virrey.

Varias veces estuvo Don Ambrosio en la ciudad de Lima, no sólo como mercachifle sino de simple visitan-

te. En 1773, siendo Virrey don Manuel de Amat, vino a la urbe limeña, donde permaneció tres meses. Se sabe que también hizo otra corta visita. Desde luego que no dejó de darse cuenta de la enorme diferencia que existía entre Lima y Santiago. La capital del Virrenato era el centro de la vida administrativa, llena de negocios y de prosperidad, mientras que Santiago era pobre y desamparada población. El Virrey Amat vivía en la opulencia, y en la rancia Universidad de San Marcos actuaba con sapiente autoridad Don Cosme Bueno, Catedrático de Matemáticas y Cosmógrafo Mayor del Reino, que todos los años publicaba sus almanaques, en los que incorporaba disertaciones físicas y médicas de indiscutible erudición.

No sería por supuesto Don Ambrosio O'Higgins el primer funcionario que después de haber servido a la Corona en tierras chilenas pasó a Lima con el alto rango de Virrey. Durante el gobierno de los Borbones, varios Gobernadores de Chile llegaron al solio virreinal, como ocurrió con Manso de Velasco, Amat y Jáuregui. Se calcula que en 1796 el Virreinato tenía más de un millón de almas. El cuadro social de la población era de tajantes contrastes, ya que en primer plano figuraba una clase privilegiada de terratenientes, asistida por un clero numeroso, una casta intermedia de mestizos entregada a labores secundarias y luego venían los indios y los negros esclavos consagrados a los trabajos del campo y de las minas. Se calcula que en ese mismo año de 1796 había 5,496 clérigos, frailes, monjas y beatas que vivían en 115 conventos. Cuando fue nombrado el Marqués de Osorno Virrey del Perú, ejercía las funciones de Arzobispo el doctor Domingo González de la Reguera, natural de España, de quien se afirma fue buhonero y conoció a Don Ambrosio desde su primera

visita a la ciudad. Había en Lima cerca de 2,500 calesas.

Quien sin duda el que mejor estudia desde la bibliografía chilena el ambiente de la Lima de entonces es Ricardo Donoso. Resulta lamentable que historiador tan distinguido y erudito se haya inspirado con demasiada frecuencia en el antilimeño poeta español Terralla y Landa para sus apreciaciones sobre la ciudad. Sin desconocer el talento poético de Terralla y Landa considero que al seguir al pie de la letra sus hipérboles y deformaciones, se está presentando un cuadro que no es desde luego imparcial y menos constructivo para el juicio de la historia.

El Virrey hizo su entrada solemne en Lima el 26 de julio de 1796, con asistencia de la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas, Oficiales Reales, Universidad de San Marcos y los Colegios del Real Convictorio de San Carlos y Santo Toribio. En toda esta historia tan llena de aventuras, la fecha que consigno tiene especial importancia, porque fue ese día cuando a caballo, bajo palio y escoltado por las corporaciones públicas y universitarias, el oscuro irlandés se convirtió en el representante del Rey de España, caso verdaderamente inusitado. Tal fue el padre del prócer Bernardo.

En cuanto a la madre, doña Isabel Riquelme, era una muchacha de quince años que fue cautivada por la personalidad del ya provecto militar. Según Jaime Eyzaguirre, el afortunado seductor ofreció matrimonio a la inocente Isabel. Lo dice con estas palabras: "Así se deshojó el honor de la ardiente e irreflexiva Isabel en manos de ese hombre terco, que excedía en más de diez años a su padre y que la había halagado con promesa formal de matrimonio". Eyzaguirre afirma que Isabel tenía dieciocho años. En cambio Vicuña Mackenna di-

ce: "Era en aquella época Isabel Riquelme una hermosura de quince primaveras que lucía con el primer albor de la inocencia los más seductores dones de la pubertad". Es frecuente encontrar esta clase de discrepancias cuando se compulsan los datos de los historiadores, por lo que no debe sorprendernos que no se haya establecido definitivamente la verdadera edad de Isabel cuando conoció al Marqués de Osorno. Don Ambrosio tenía por entonces alrededor de sesenta años. Después del nacimiento del prócer, doña Isabel se casó con Félix Rodríguez, de cuya unión nació Rosa, que tanto tiene que ver con la biografía del héroe de Chillán. Viuda poco después, fue la dulce sombra protectora del Director de Chile.

Bernardo Riquelme, que fue su apellido primigenio, nació en Chillán, el 20 de agosto de 1778. El Marqués de Osorno no se casó con Isabel porque le era indispensable licencia real para contraer matrimonio, y estaban terminantemente prohibidos los enlaces entre funcionarios españoles y mujeres avecindadas en sus distritos. En la partida de bautizo del prócer se consignan los siguientes datos: "Don Pedro Pablo de la Carrera, Cura y Vicario de la doctrina de San Agustín de Talca, certifico y doy fe, la necesaria en derecho, que el día veinte del mes de enero de 1783 años, en la Iglesia parroquial de esta Villa de Talca, puse óleo y crisma y bauticé **sub conditione**, a un niño llamado Bernardo O'Higgins, que nació en el Obispado de la Concepción, el día veinte del mes de agosto de 1778 años, hijo del Maestre de Campo General de este Reino de Chile y Coronel de los Reales Ejércitos de su Majestad, Don Ambrosio Higgins, soltero, y de una señora principal de aquel Obispado también soltera, que por su crédito no ha expresado aquel su nombre". Cuan-

do Bernardo estuvo en Inglaterra se hizo llamar Mister Riquelme. Esta situación duró muchos años y hasta se cree que sólo se llamó O'Higgins después de la muerte de su padre ocurrida el 18 de Marzo de 1801, a los ochenta años de edad. Fue enterrado en la iglesia de San Pedro en Lima.

Dos veces estuvo el soldado de Chillán en la capital del Perú. La primera cuando gobernaba Teodoro de Croix, cristiano caballero conocido por el nombre de Virrey-Mendigo, gobernante católico, fervoroso, humilde y ejemplar, que aparece salido del vidrio medieval de un templo gótico. Allí estuvo el niño de diez años recibiendo en las retinas la luz mística y pagana, llenando sus ojos con el color de las campiñas y arrullando sus oídos con el tenue rumor de las aguas del Rímac. Se educó en el Colegio de San Carlos, antes de los Príncipes, de antigua alcurnia, por donde desfilaron los hijos de los gobernantes españoles y los retoños del árbol incásico. Esa fue la base de su educación. Mucho de lo que sabía lo aprendió dentro de las paredes del recinto enclaustrado. Todavía en los tiempos de su niñez, españoles e indígenas compartían las bancas de las clases, donde conoció al Marqués de Torre Tagle y al cacique de Chilca, llamado Manco Inca. En su visión escolar incluía el cuadro de los poderosos Emperadores del Cuzco. Allí estaba Manco para recordarle el Imperio fabuloso. La presencia en el mismo colegio, del Marqués de Torre Tagle, que sería Jefe del Estado, era un anticipo de la república.

Refiriéndose a esta etapa dice Orrego Vicuña: "A orillas del Rimac vio aproximarse la adolescencia. A orillas del Rímac correrían los días postreros. Su destino le ataba al Perú con lazos que la historia haría ilustres y la gratitud perdurable". Cinco años estuvo

O'Higgins en la capital del Virreinato. Debo agregar que posiblemente desde esa lejana época nació su amor por nuestra patria. Los años de la niñez son los más propicios para la captación de las imágenes y la formación de los sentimientos. El alma del niño Bernardo se prendó del misterio de los tiempos, del colorido de la urbe; cultivó en Lima sus primeros amigos y posiblemente todo eso contribuyó de manera especial en la hora de la independencia. Las sensaciones y emociones de la etapa escolar quizá contaron no poco para que sintiera la necesidad de libertar al Perú cuando organizó la Expedición. Esta etapa es la que debería estudiarse más a fondo para conocer la parte sicológica de la Expedición Libertadora, para saber hasta qué grado influyeron en los proyectos de emancipación del Perú los cinco años que pasó en Lima auscultando los anhelos de los súbditos de Su Majestad el Rey, que más tarde serían ciudadanos de la nueva república. Orrego Vicuña escribe: "En el Colegio de Estudios, en Lima, y posteriormente en el de San Carlos, llamado del Príncipe, debió aprender durante varios años, todo lo que la pedagogía incipiente de la época permitía a los jóvenes nobles de origen americano. No pudo ser mucho, pero fue base de los conocimientos que habrían de colocarlo entre los hombres cultos de su tiempo. Culto en las ciencias corrientes de la vida". Bernardo fue aficionado a la pintura. Se recuerdan entre sus trabajos, un autorretrato, un retrato de su madre y otro de su hermana Rosa. Pintó varias escenas militares.

Donoso expresa: "El adolescente fue recomendado a Don Juan Ignacio Blake (a quien citan como Blaque los documentos españoles), irlandés como Higgins y Dolphin, consagrado al comercio en la capital del Virreinato. Lo único que se sabe de este período de su vida es que fue colocado en el Colegio llamado de los Estudios y

después en el de San Carlos". A fines del Siglo XVIII la Lima reconstruída por Superunda y Amat levantaba sus palacios de inspiración francesa pero conservaba las reliquias españolas de sus iglesias vetustas y de sus florido conventos. Ya existía el Paseo de Aguas. Comenzaba a morir el Virreinato, pero lentamente, muy lentamente, y al lado de las inquietudes de los lectores de la Enciclopedia que plasmaban su pensamiento en las páginas eruditas del "Mercurio Peruano", había el rito de las procesiones y el bisbiseo de los trisagios.

Estudio el ambiente porque creo que tiene importancia para la formación del alma de O'Higgins a quien le toca ver la mutación entre el piadoso Virrey de Croix y don Francisco de Taboada y Lemos, que impulsa la educación y la cultura y que, quizás sin quererlo, da tibias alas a los partidarios de la República al permitir publicaciones que bajo el ropaje del afán de saber echaron la semilla de las ideas norteamericanas, inglesas y francesas en el terreno fresco de la democracia en marcha. Taboada y Lemos es personaje importante y tuvo majestuoso concepto del cargo que ocupaba. Tan es esto así, que hay una anécdota que refiere que estando ya en Madrid y habiendo sido nombrado Ministro del Reino, se encontró en las escalinatas del Palacio Real con la Condesa de Torrejón. Esta lo saludó diciéndole: "Mis parabienes. ¿Por qué, señora?, preguntó el interrogado. ¿No le han nombrado Ministro de Marina? A lo que contestó el nuevo Ministro: ¿Y cree Ud. que puede recibirlos por ello quien ha sido Virrey del Perú?". Así era Taboada y Lemos, orgulloso y altivo, involuntario sembrador de las doctrinas revolucionarias que surcaban los mares.

A los quince años, O'Higgins salió para Europa. Mucho tiempo iba a transcurrir para que volviera. Y es

sólo en 1823 que retorna a la ciudad. Llegaría constelado de gloria, después del Roble, Chacabuco y Maipú. Parodiando a Belisario Roldán puedo decir que llegó: "Inclinado bajo el peso de tanto y tanto laurel". El destino quiso que arribara al Callao en una fecha simbólica: el 28 de julio. En efecto, por una de esas coincidencias de la historia, el barco que lo trajo llegó al Callao el 28 de julio de 1823, segundo aniversario de la independencia del Perú, que él había ayudado a fundar.

Pero antes de referirme al largo ostracismo de O'Higgins, debo decir algo más respecto a su padre. A través de la vida del héroe se observa justo resentimiento para quien lo trajo al mundo, aunque no dejó nunca de respetar su memoria. Se afirma que Don Ambrosio fue protegido de Godoy, el feliz amigo de la nada discreta Reina María Luisa, esposa del desteñido Carlos IV. Por los vericuetos de lo inesperado y por las complicidades extrasacramentales de escandalosos amores, el vendedor de chucherías había llegado a ocupar el puesto de Virrey. Vuelvo a referirme a José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra, quien al estudiar la vida de Ño Ambrosio el Inglés", dice con malicia que "puso gran cuidado el Marqués de Osorno en el arreglo de la policía y aseo de la ciudad. Como había experimentado los inconvenientes del mal piso de las calles cuando las recorría como mercachifle les hizo poner aceras". Bajo su gobierno no se inauguró el camino al Callao.

Estando tan vinculada la Plaza Mayor (hoy Plaza de Armas) a la vida de "Ño Ambrosio" y también a la de su hijo, es oportuno hacer una ligera pintura de los lejanos tiempos en que nos gobernó el de Irlanda. Las covachuelas seguían en su sitio, como elocuentes testigos del pretérito. Debajo de los encajonados balcones

del Arzobispado había un almacén. Por en medio de las calles corría una acequia para diferentes usos. Las acémilas esperaban pacientemente en distintas partes del cuadrilátero. Curas, mujeres, funcionarios y hasta criados atravesaban la Plaza para sus quehaceres. Era frecuente ver al hombre del pueblo cubierto con el poncho, prenda que se usa en la sierra y que entró en Lima para quedarse durante mucho tiempo. Nada de esto debe extrañar cuando se sabe que los animales de carga conocidos por llamas llegaban en recuas a la Tres Veces Coronada Villa, y que muchas veces acamparon en la misma Plaza. Además del título de Marqués de Osorno, Don Bernardo recibió el de Barón, según lo afirma David R. Moore en su "Historia de la América Latina".

Resulta penoso seguir las relaciones siempre distantes entre Bernardo y su padre, por quien tuvo filial devoción no correspondida. Se conocen cartas del hijo que son desgarradoras y elocuentes. Lo que no he podido conocer son las respuestas paternas. Desde Europa, B. Riquelme, como firmaba sus cartas, escribe varias veces sin obtener contestación. En una de ellas dice: "Aunque he escrito a V. E. en diferentes ocasions, jamás la fortuna me ha favorecido con una respuesta, como que ella siempre se muestra contraria mía en este particular; pero al fin espero ella se cansará y dará oídos a mis súplicas. No piense V. E. que con esto pienso quejarme, porque, en primer lugar, sería en mí tomarme demasiada libertad, sin derecho alguno, y en segundo, sé que V. E. ha dado hasta aquí todos los recursos para mi educación". Esta adolorida carta lleva como fecha el 28 de febrero de 1799.

Donoso, en cuyo libro aparecen estas misivas, comenta: "Esta como las otras cartas que le dirigiera por entonces parece que se quedará sin respuesta, lo que

no debe extrañarnos, por el temor constante en que vivía el anciano Virrey de que llegara a conocimiento de la Corte la existencia de aquel hijo ilegítimo, causa para él de tantas preocupaciones y ansiedades".

De Inglaterra O'Higgins se dirigió a España permaneciendo durante algún tiempo en Cádiz, donde atravesó por momentos muy difíciles, tanto del punto de vista económico como del abandono moral. Quizá si en parte esto se debió a que siendo Don Ambrosio Virrey del Perú su hijo andaba ya metido en aventuras ideológicas y revolucionarias contra la Corona de España, lo que significó graves dificultades para el representante del monarca y provocaron su destitución. A fines del siglo XVIII, Bernardo había conocido en Londres a Don Francisco de Miranda, el ideólogo de la revolución americana. Es indudable que Miranda convenció con sus proyectos al futuro Director de Chile. Un cubano llamado Pedro José Caro denunció al gobierno español los planes conspirativos de Miranda. Entre los complicados aparecía el hijo del Virrey. La denuncia fue examinada y se tomaron medidas de represión y castigo. Eyzaguirre dice: "De su compulsa quedó en claro la participación que en los preparativos de la revuelta le había cabido a don Bernardo Riquelme, hijo natural del Virrey del Perú, por lo que el gobierno decidió remover a éste de su alto cargo y sustituirlo por su incansable émulo y detractor el Marqués de Avilés".

En Real Orden del 27 de julio de 1799, el Ministro de Estado don Luis Mariano de Urquijo comunicó al Marqués de Osorno el plan tramado en Londres para sublevar la América meridional. Poco después éste se enteraba de la cédula de su destitución provocada por las actividades de su hijo. De inmediato escribió a su amigo Cruz, que se hallaba en Cádiz, y que era el tutor

de Bernardo, para pedirle que le quitara toda su protección y que lo arrojara de su casa. La última carta de Bernardo Riquelme a su padre parece que no llegó a ser leída por el destinatario. En ella se quejaba de las medidas tomadas contra su persona, aunque terminaba su misiva con estas palabras: "Su más humilde y agradecido hijo".

Lo que no está muy claro es si la destitución llegó a producirse, pues murió en el Palacio de Gobierno, lo que da a entender que no había dejado el cargo, pues de otro modo no podría explicarse que siguiera habitando en la mansión tradicional de los Virreyes. Es probable que como la acusación contra "Mister Riquelme" se hizo en 1800 y Don Ambrosio falleció en marzo del año siguiente, la piadosa muerte no dio tiempo para que la decisión real se cumpliera en todos sus efectos.

Como el sucesor, Marqués de Avilés, se encontraba en Buenos Aires, atendiendo asuntos urgentes, su traslado a Lima demoró algunos meses. A la hora suprema el octogenario padre no se olvidó de su vástago, a quien dejó como herencia su valiosa hacienda de "Las Canteras" en el Reino de Chile, con tres mil cabezas de ganado vacuno. La remoción del Virrey se produjo por Real Decreto de 19 de junio de 1800. El Oidor Decano, don Manuel de Arredondo, decía el 19 de marzo de 1801 al Tribunal del Consulado: "Ayer a las doce falleció el Excmo. Señor Marqués de Osorno y abierto en el Real (acuerdo), el primer pliego de providencia, se halló nombrado para Virrey interino de este Reino al Excmo. Marqués de Avilés".

Ya que he hecho mención, como no podía dejar de hacerla, de Don Francisco de Miranda y de su activa y encendida influencia sobre Bernardo, debo referirme a otro de los Libertadores del Continente, íntimamente

vinculado al combatiente del Roble. Hay sugerentes binomios históricos en la emancipación de la América del Sur. Estos son Bolívar-Sucre, San Martín-O'Higgins. Pese a la egoísta personalidad de Bolívar su afecto por Sucre resulta palmario y ejemplar. El ilustre caraqueño tuvo vehemente devoción por Sucre. Iguales y tan intensos lazos afectivos unieron al Capitán de los Andes y al soldado de Chillán. Se parecían en muchas cosas. Habían nacido para comprenderse y para estimarse. Fue una amistad sin rivalidades ni sombras. Juntos hacen planes, juntos combaten y juntos también llevan adelante el triunfo de la libertad. La Expedición Libertadora es la obra mancomunada de quienes desde tiempo atrás habían decidido emancipar el Continente. La correspondencia de estos dos realizadores de ensueños es prueba clara de los ideales que los animaban y de solidarias esperanzas nobles y altamente compartidas. Para el Perú San Martín y O'Higgins, representan los más epónimos exponentes de la república.

San Martín y O'Higgins fueron bondadosos y humanos y ambos sufrieron el zarpazo de la envidia, el odio y el rencor. Si San Martín fue acusado de crímenes que no cometió, O'Higgins fue víctima de la venganza y el insulto. Desde luego que no es posible poner a los próceres en un seráfico santoral. Con el sable en la mano tuvieron que abrirse camino en la historia y cometieron errores y fueron causantes de lamentables tragedias. A San Martín se le acusa que por imprevisión y abulia causara el desastre de Cancha Rayada; a O'Higgins de haber ejecutado a los hermanos Carrera. Las pasiones andaban desatadas y aun los hombres más generosos y sensibles era difícil que escaparan al remolino de los acontecimientos. Orrego dice: "Cuando perecieron don Juan José y don Luis, permitió O'Higgins —siguiendo

la práctica de poner su firma en los autos judiciales— que llevaran a don Ignacio de Carrera muy enfermo y a las puertas del sepulcro ya, la cuenta de los gastos de la ejecución de sus dos hijos". Y agrega el apologista: "Ese acto resulta verdaderamente inexplicable en vida tan pura como la del Libertador de Chile. Fue en escala tan menor, comparable al gesto de Bolívar, cuando entregó a los españoles al Precursor Miranda".

Ha llegado el momento de entrar de lleno en la etapa más fascinante en la vida de O'Higgins y que lo ata al Perú con vínculos perdurables: la Expedición Libertadora, en cuyas "cuatro tablas" vino San Martín. A mediados de agosto de 1820 estuvieron terminados los laboriosos preparativos que con tanta inteligencia, dinamismo y abnegación organizó O'Higgins. La Expedición la compusieron los navíos "San Martín", con 1,400 toneladas y 64 cañones; "O'Higgins", 1,200 toneladas y 44 cañones; "Lautaro", 850 toneladas y 46 cañones; "Independencia", 380 toneladas y 28 cañones; "Galvarino", 318 toneladas y 18 cañones; "Araucano" 270 toneladas y 16 cañones; "Moctezuma", 20 toneladas y 7 cañones; y los transportes "Dolores", "Gaditana", "Consecuencia", "Emprendedor", "Santa Rosa", "Aguila", "Mackenna", "Perla", "Jerezana", "Peruana", "Minerva", "Golondrina", "Libertad", "Argentina", "Hércules" y "Potrillo". Constituía esta escuadra la fuerza más poderosa del continente. Estos barcos que llegaron a la bahía de Paracas, —llamada de la Independencia—, llevaban como jefes a San Martín y a Lord Cochrane, que serían más tarde enconados rivales y tenaces adversarios. Bajo las mismas velas se anidaban la discordia y la lucha intestina funésto sino que acompañó de manera invariable el nacimiento de nuestras convulsivas y desgarradas repúblicas. San Martín no tuvo responsabi-

lidad en la disputa iniciada por el arrogante y ambicioso marino inglés. El Capitán de los Andes tuvo que enfrentarse a dos hombres que le discutían el predominio: Lord Cochrane y Simón Bolívar.

Por múltiples motivos Bernardo O'Higgins está unido al Perú. Una vez dijo hablando de los dos países que marcan la aurora y el crepúsculo, el orto y el tramonto de su inmortalidad: "Al primero debo mi nacimiento y por consiguiente un deber filial, y al segundo, favores y distinciones, a los que jamás podré corresponder al tamaño de mis deseos". La movida política chilena de la etapa inmediata a la independencia lo hace renunciar al cargo de Director Supremo de Chile y emigrar de su patria. El gobierno del Perú le cede el fundo Montalván situado en Cañete, para su reposo y bienestar. Fueron los penosos años del ostracismo que no se hicieron más amargos, porque el Perú, generoso y comprensivo, le dispensó toda clase de favores. Pero en el ostracismo hay siempre tristeza. O'Higgins conoció de lejos el período anárquico de Chile y de cerca el período anárquico del Perú. Mucho más largo el segundo que el primero. Compartió el destierro con Zenteno, Rodríguez Aldea, Zañartu y Fontecilla, y fue contemporáneo de los peruanos Gamarra, Orbegoso, La Fuente y Salaverry. No se mezcló jamás en la política peruana. Fué un emigrado que respetó fielmente las leyes de la hospitalidad y que no intervino en el carrousel caudillista de los generales que en Lima levantaron densa columna de humo fratricida entre detonaciones y estampidos. En una carta decía: "Lima se halla dividida en dos facciones y debo velar cuidadosamente para no verme mezclado en estos asuntos". Y veló tan cuidadosamente que no dio el menor motivo de queja. Fue un

proscrito escrupuloso con su propia conciencia y leal al país que lo recibió en la hora de los sinsabores.

Hay un hecho interesante que sirve para ilustrar hasta qué punto O'Higgins se confunde con el nacimiento del Perú independiente. En 1821 fue creada la Orden del Sol. La Orden del Sol, puede recordar por su boato a las condecoraciones europeas pero su nombre evoca el Imperio de los Incas. Al crearse la Orden, en el artículo tercero del Decreto, se estableció quiénes eran los fundadores. En primera fila figuraba el Supremo Director de Chile. Fue el primer condecorado y lo fueron también los jefes de los cuerpos del ejército que lo componían a su salida de Valparaíso, rumbo a Paracas, donde se inició la campaña por la emancipación del Perú. Todos los jefes de esos cuerpos fueron considerados fundadores.

Pero hubo aún más. En el artículo 5°, del Decreto complementario del 12 de enero de 1822, se estableció la precedencia de los favorecidos con la condecoración. En la lista de antigüedad se halla primero don Bernardo O'Higgins, antes que Monteagudo, antes que Unanue, antes que Tomás Guido, antes que Necochea y antes también que Simón Bolívar, que ocupa el segundo lugar.

En la correspondencia del Capitán de los Andes y del Director de Chile, hay cartas que hacen resplancedor el júbilo que sintieron por la independencia del Perú. A raíz del 28 de julio de 1821, San Martín escribe: "Compañero y amigo amado: Al fin nuestros desvelos han sido recompensados con los altos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. El Perú es libre". O'Higgins le contesta: "Millares de veces sea bendita la Divina Providencia". Otra vez están juntas las dos preclaras figuras que desde el sur planearon la llegada a las costas peruanas. Y seguirán unidas después,

ya que luego de su abdicación San Martín volvió a Chile, pasando históricas horas al lado de O'Higgins, su fraterno, devoto e invariable amigo, para separarse después. La separación iba a ser para siempre. Pronto San Martn marcha a Europa.

O'Higgins tiene una trayectoria de combates, triunfos, glorias, derrotas, sinsabores y luchas. Tiene también como San Martín la abdicación. El destino de ambos fue abdicar. Las circunstancias pueden haber sido diferentes, pero el fondo es el mismo. Era una abdicación sin retorno. San Martín desde Europa mira a Buenos Aires; O'Higgins se refugia en Lima para no volver nunca más a Santiago. Largas proscripciones las dos. La de O'Higgins duró casi veinte años. La partida desde Valparaíso se realizó el 19 de julio de 1823 a bordo de la corbeta "Fly" de la marina británica.

Como he dicho ya, en el segundo aniversario de la independencia del Perú O'Higgins llegó al Callao. La naciente república no era otra cosa que caos. El fin del Virreinato no había traído sosiego. Todo lo contrario. Las ambiciones y los cuartelazos levantaban su cauda de fuego y exterminio. Torre Tagle, Riva Agüero y tantos otros, desgarraban al país con el frenesí de sus pasiones y el estrépito de sus proclamas. Un historiador ha dicho: "Entretanto, desembarcaba el General O'Higgins en las playas del Perú, no era éste un país; era el caos y su imagen. Pueblo profundamente desmoralizado por el régimen de la colonia, por el clima, el negro y el oro, hasta la médula del alma..." Y los españoles si no estaban en Lima estaban todavía en el Perú, y sería sólo más tarde que las trompetas de Junín y Ayacucho les notificaron que había terminado su dominio.

Varias semanas después llegaba al Callao Simón Bolívar, el primero de septiembre de 1823. Como curio-

sa coincidencia O'Higgins había llegado cuando gobernaba el país Torre Tagle, su compañero en el Colegio de los Príncipes. Su antiguo amigo lo recibió con finas atenciones, pero el proscrito se daba cuenta de lo difícil de su situación ante el panorama tremendo de las luchas intestinas. Con notable serenidad y sagaz manejo. O'Higgins se mantuvo alejado de las grescas caudillistas. No quiere saber nada de ellas. Se le requiere para que intervenga pero él se niega, pese a tener el grado de Mariscal del Perú. Es admirable la conducta de este ilustre desterrado que no pone su gloriosa espada al servicio de ninguna de las facciones en contienda. Sus pensamientos son demasiado altos para descender a la turbulenta arena de los motines.

Tiene su Tebaida, que está en Montalván, fundo situado en el valle de Cañete. Durante el gobierno del Protector se le había obsequiado en reconocimiento de sus esfuerzos por la independencia del Perú. También se le había concedido el fundo Cuiba. Después de vivir en el Palacio de la Magdalena, que San Martín ocupó hasta pocos meses antes, se trasladó a Cañete donde iba a llevar apacible vida campesina. O'Higgins no exhibe medallas ni atavíos fastuosos. Es un labriego soñador como antes fue soldado de ensueño. Y entonces, como si las bocanadas de la historia pasaran sobre los camellones de la hacienda, va bautizando los potreros de Montalván. Uno se llamará San Martín, otro Bolívar, otro Junín, otro Maipú. La epopeya de la libertad hace un juego de agricultura sobre el terreno fértil con los nombres de próceres y batallas, y en vez de bayonetas florecerán las espigas besadas por el viento que acaricia la esperanza de la buena cosecha.

Su constante preocupación fue tomar parte en las últimas batallas que se libraron en territorio peruano,

pero no pudo conseguirlo. Su trato personal con Simón Bolívar fue amable y mutuamente respetuoso, pero nada más. Pese a sus repetidas solicitudes para enrolarse como "simple ciudadano", el soldado de Caracas había decidido otra cosa. Refiriéndose a Bolívar, Vicuña Mackenna escribe: "Pero el exclusivismo intransigente de aquel hombre de fuego, que no admitía en torno suyo sino secuaces y admiradores, ponía sin duda tenaz resistencia a aquel legítimo orgullo y al fin concluyó por ceder del todo a su egoísta influjo". Eugenio Orrego, comenta: "Todo sin embargo hacía presumir que O'Higgins y Bolívar no llegarían a entenderse: la diferencia de caracteres, la distinta posición de cada uno, los celos inevitables en los que aspiran a las alturas supremas, puestos tan en evidencia durante la entrevista de Guayaquil. El Capitán venezolano adulado como un semidiós, fuerte a la cabeza de legiones que aparecían invencibles, se hallaba acostumbrado a ese camino de victorias militares que entre el incienso del halago y el humo de los cañones parece conducir a la omnipotencia". A todas las peticiones de O'Higgins, Bolívar contestó con frases de mera cortesía y estaba claro que jamás le daría un puesto entre sus tropas. Por eso el proscrito no pudo tomar parte en las batallas de Junín y Ayacucho, pese a que se desplazó en busca del Libertador, a que fue a Trujillo en la esperanza de coronar sus deseos, y a que en largos viajes atravesó sierras, arenales y montañas mendigando un bocado de gloria en la mesa del banquete emancipador cuya cabecera ocupaba el soldado de perfil aguileño y voluntad cesárea.

Como una prueba más de las consideraciones de que se rodeó a O'Higins, transcribo el pasaporte expedido por el Presidente Torre Tagle para facilitar su viaje a Trujillo. Dice así: "El Excmo. Señor Capitán Don

Bernardo O'Higgins pasa a Huanchaco con toda su familia por mar, en cualquier buque que guste, o por tierra,según le pareciese; los eminentes servicios que tiene hechos en el Perú, exigen imperiosamente, no sólo que no se le ponga embarazo alguno en su viaje, sino que se le auxilie ventajosamente con cuanto pueda necesitar. El Gobierno hace severamente responsable a toda autoridad y justicia por la más leve omisión en el particular, pues el Perú debe considerar altamente a Su Excelencia por una retribución muy justa a los sublimes esfuerzo que ha hecho por la libertad. Lima, 23 de diciembre de 1823. — Tagle". Hermoso documento que habla con elocuencia de la generosidad peruana y del distinguido trato que se le dio al emigrado.

Después del 9 de diciembre de 1824, luego de la batalla de Ayacucho, se volvieron a encontrar el de Caracas y el de Chillán. Se trataba de una comida celebratoria del triunfo en el palacio de Gobierno. Allí están todos los arrogantes y varoniles jefes y oficiales que arrancaron laureles al esfuerzo. A la hora indicada para la gran fiesta apareció Bernardo O'Higgins vestido de paisano y completamente afeitado de sus tupidas bizcotelas o patillas. Era un curioso contraste el que ofrecía el deportado chileno en medio de tantos entorchados, condecoraciones, charreteras y vistosas plumas. Sorprendido Bolívar con su modesto atuendo, le preguntó la causa, a lo que hubo de responder el invitado con frases que ha recogido la historia: "Señor: La América está libre. Desde hoy el General O'Higgins ya no existe; soy sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higins. Después de Ayacucho mi misión americana está terminada". En esta actitud y en estas palabras puede haber grandeza y a la vez resentimiento.

Y es aquí cuando de verdad comienza la vida cam-

pesina del prócer. Esfumadas las últimas ilusiones de combatir en las filas patriotas, se refugia en su Tebaida, donde se consolaría de las decepciones que la existencia puso en su senda. La siembra de la caña de azúcar absorberá sus diarias preocupaciones rodeado de personas de su cariño y confianza, entre ellas su hijo. Demetrio, hijo de vehementes y misteriosos amores, a los que los historiadores se refieren en forma tangencial e incompleta, sin pintar en realidad el cuadro de un capricho o una pasión que parece haber sido la única aventura amorosa que interfirió en su carrera de militar y de labriego. El apellido de la madre de Demetrio, fue Puga.

En el largo destierro de O'Higgins hubo amargura, decepciones y penurias, compensadas tal vez por el respeto que los peruanos sintieron invariablemente por su persona. Los mandatarios que se sucedieron en el solio presidencial le demostraron gratitud y simpatía, y hasta se afirma que el general Gamarra solicitó varias veces sus consejos en las frecuentes horas de crisis. O'Higgins manteniéndose siempre neutral en el campo de las mezquinas ambiciones de nuestros discutidos y discutibles caudillos, aportaba su opinión sólo cuando se la pedían, actuando con paternal y prudente mesura.

Hay un hecho al que quizá no han mencionado en toda su importancia los numerosos biógrafos de O'Higgins, hecho que nos interesa de manera especial a los peruanos y que, por tanto, voy a analizar. Me refiero a la guerra de la Confederación, esa funesta guerra, provocada por la napoleónica ambición del boliviano Santa Cruz y por el carácter dictatorial e imperialista del chileno Diego Portales. La guerra tenía que librarse por fuerza en territorio del Perú y eso fue lo que quiso evitar a todo trance Bernardo O'Higgins sin con-

seguirlo. Pero el fracaso de sus repetidas gestiones no le resta majestad ni prestancia al insigne rol de mediador que ejerció en la amplitud que sus condiciones de ciudadano particular le permitieron. Hay cartas de O'Higgins a Santa Cruz y al general Bulnes que son el más elocuente testimonio del americanismo del prócer. Siendo chileno le era muy difícil ser neutral cuando las tropas de Chile entraron en Lima, pero lo fue. En todo momento predicó la paz y la concordia invitando a los dos bandos a deponer las armas.

Al general Manuel Bulnes le escribía lo siguiente desde Lima el 13 de septiembre de 1838: "Creo que la guerra entre Chile y el Perú puede teminarse sin más derramamiento de sangre con honor y provecho de todas partes". Pero Bulnes, que siguiendo las normas portalianas sólo pensaba en destruir la Confederación perú-boliviana, no escuchó las pacifistas sugestiones de su compatriota. En su respuesta habían estas significativas palabras: "Vuelvo a decirle que nos animan los más ardientes y sinceros deseos de paz y que en cualquier momento me encontrará dispuesto a admitir toda proposición que me haga sobre este particular, siempre que como dejo expuesto, sea compatible con los intereses esenciales que Chile no puede abandonar". Al referirse Bulnes a "los intereses esenciales de Chile", estaba anunciado que se proponía llevar adelante la guerra hasta las últimas consecuencias, o sea la derrota de Santa Cruz. Por tanto, los buenos oficios de O'Higgins estaban destinados al fracaso. La batalla de Yungay, librada el 20 de enero de 1839, significó el triunfo de Bulnes y, desde luego, el fin de la Confederación. Al margen de los resultados de la batalla, queda siempre en pie ante la historia el admirable espíritu de mediador y pacificador que tuvo O'Higgins quien si

fue bravo para enfrentarse a los españoles con el arma al brazo, trató infatigablemente de que no se produjera choque alguno entre las nuevas repúblicas americanas.

Todo esto quiere decir que el soldado de Chillán fue digno de la hospitalidad sin límites que el Perú le ofreció. Orrego dice: "Amor peruano, noble generosidad de peruanos, hizo gratos estos años que la ingratitud de quienes todo se lo debieron, hubo de acibarar más de una vez". Y esto es cierto. Si O'Higgins después de la abdicación y refiriéndose a su propio pueblo lo llamó con amargura: "Pueblo ingrato", y si habló del "pago de Chile", no pudo decir lo mismo del Perú donde fue respetado personaje, símbolo vivo de los esfuerzos de la gesta emancipadora.

Al producirse la batalla de Yungay, O'Higgins había cumplido 60 años. Su madre doña Isabel Riquelme, falleció en Lima a los 75 años —según las cuentas que hacen algunos historiadores—, el 21 de abril de 1839. El 4 de abril del mismo año se realizaron las exequias con asistencia del general Manuel Bulnes y de su Estado Mayor y de los más notables personajes peruanos. Le quedaría como compañera su media hermana Rosa, varonil, abnegada y serena, tan varonil que alguien la llama por su aspecto físico "el General con polleras". La salud no andaba bien. Una aguda afección cardíaca iba minando la vida del desterrado, la que haría crisis repetidas veces.

Vicuña Mackenna, que estuvo en Montalván, ha reconstruído con lujo de detalles cómo transcurrieron los años de O'Higgins en el fundo de Cañete. Describe así sus impresiones: "Las casas tienen en verdad las proporciones y la arquitectura especial de todas las mansiones semifeudales, semiasiáticas del Perú. Edifi-

cadas por el famoso Regente Arredondo sobre las ruinas de un antiguo templo o palacio de los indígenas dominan el valle en un alto terraplén, al que da acceso desde un espacioso patio una doble escala de ladrillo y madera". Allí estuvo Lynch en diciembre de 1880. Es una casa varias veces histórica, pues en ella se hospedaron Bolívar, Santa Cruz, Salaverry, La Fuente y muchos otros.

Bernardo O'Higgins no tuvo la hermosa y arrogante apostura de su rival José Miguel Carrera, pero no le faltaba prestancia. Era hombre de tipo céltico. Su frente levantada; su cabeza cubierta de cabellos castaños, su nariz corta. Se diría que su aspecto era frío y hasta desdeñoso. Su existencia de labriego le dio tiempo para dedicarse a la música. Tocaba el acordeón. No tenía facilidad para escribir, en lo que tampoco se parece a su rival Carrera. La redacción de sus cartas y notas era penosa, incorrecta, sin elegancia. Sus caballos favoritos se llamaron Borbón y Bolívar. Todo era modesto en la Tebaida de Cañete. Había apremios económicos, pues la caña de azúcar no le producía lo suficiente para salir de deudas. Sus uniformes fueron perforados por la polilla. Todo el año 1840 lo pasó O'Higgins en Montalván tratando de mejorar la industria y aumentar sus rentas. Esta era la precaria situación en que se encontraba quien era Capitán General de Chile, Brigadier de los Ejércitos Argentinos y Gran Mariscal del Perú. Una vez dijo: "Conservo sólo mi honra, la memoria del bien que alcancé a hacer y no me agita pasión alguna; antes de vencer a mis enemigos aprendí a vencerme a mí mismo". Tenía amigos entre los vecinos de Montalván. Uno de ellos fue Hipólito Unanue.

Enemigos los tuvo y muchos. Los carrerinos no lo perdonaban y con frecuencia se encontró ante la difa-

mación y la calumnia. Impedido de volver a su patria, asistía desde lejos a las ambiciones políticas de los chilenos. El odio vino a perturbar la paz que desde hacía tiempo buscaba. En 1833 llegó al Callao Carlos Rodríguez Ordoyza, hermano del guerrillero Manuel Rodríguez, de cuya muerte se acusaba al proscrito de Montalván. El 6 de abril de ese año Rodríguez escribió furibundo artículo en "Mercurio Peruano". Era un libelo infamatorio de insólita agresividad. Contestó el ataque el español José Joaquín de Mora y la polémica tomó proporciones de indeseable torneo, donde menudearon las palabras "bruto", 'gañán", "ratero", "ladrón público", "bufo", "fascineroso", "malvado" y "monstruo". Muchos de esos epítetos y otros que prefiero no reproducir por su odioso carácter de vileza e injuria, estaban dirigidos contra el soldado de Chillán. O'Higgins denunció el libelo ante el Jurado de Imprenta de Lima. Su triunfo fue completo, ya que el Jurado dictó esta sentencia: "Habiéndose observado en esta causa todos los trámites prescritos por la ley, y calificado por los jueces de hecho con la nota infamatoria en segundo grado el impreso titulado "Alcance al Mercurio Peruano", del sábado 6 de abril último, denunciado el 13 del mismo mes por el Gran Mariscal del Perú don Bernardo O'Higgins, la ley condena a don Carlos Rodríguez a la pena de dos meses de prisión y ciento cincuenta pesos de multa". Los jurados fueron Manuel Ladrón de Guevara, Agustín Cruzate, Ramón Cabezas, Manuel Ayluardo, José María García, Ambrosio Seguín, José Antonio de Cobián y Mariano Chenet. O'Higgins perdonó todos los agravios, aceptando que Rodríguez se ausentara de la capital y desistiendo de toda persecución legal ulterior. La baba de la injuria no envenenó su espíritu. La histórica defensa hecha por José Joa-

quín de Mora y la voz de los jueces, honran la justicia peruana de esos días. En esta forma terminó uno de los procesos más sensacionales y ruidosos de la época. Parece increíble que la pasión política hubiera llevado a tan reprobables extremos y que el violento ofensor no respetara la hospitalidad que le daba el Perú aprovechándola para atacar a quien merecía todos los respetos y todas las consideraciones. Rodríguez llegó a acusar a O'Higgins de haberse apropiado de caudales públicos, cuando bien sabido es que sin el regalo de Montalván y Cuiba, que el Perú le hizo, hubiera estado prácticamente en la mendicidad, pues inclusive la herencia que recibió de su padre, el Virrey Don Ambrosio, fue gastada en las campañas de la emancipación.

Bernardo O'Higgins abandonó su tranquilo retiro de Montalván a fines de enero de 1841. Vino a Lima a ocupar la casa signada con el número 9 de la calle Espaderos. Fue asiduo concurrente a la iglesia de la Merced, situada a pocos metros de su morada. Eyzaguirre escribe: "Los concurrentes al templo de la Merced lo veían ahí a diario en devota oración y su nombre figura también en la nómina de los hermanos terceros de la Orden Franciscana. Leía el Evangelio con unción y no faltaba a la Novena de la Virgen de los Dolores". Parece que los últimos años de su vida estuvieron nimbados por una creciente emoción religiosa y una sólida fe en Dios. Todos sus biógrafos están de acuerdo en el devoto comportamiento de O'Higgins. Se sabe que tenía en su dormitorio las estatuas de San Bernardo y de Santa Rosa. Orrego escribe: "Las prácticas religiosas ocupaban parte de su tiempo en esa época y hallaba positivo consuelo en oir misa todos los días en algunos de los templos vecinos: la Merced y San Agustín". Y todos sabemos que minutos antes de morir tocó con sus

manos el tosco sayal de San Francisco y dijo: "Este es el hábito que me envía mi Dios". En su dormitorio improvisó un altar en que se oficiaba la misa. El rudo soldado iba a terminar su existencia en la oración, el recogimiento espiritual y la plegaria. En vez del sable de las batallas tiene el rosario y la esperanza en la justicia suprema, ya que los hombres poca o ninguna justicia le hicieron. Vicuña Mackenna dice: "Fue el brazo de la Logia Lautariana", pero no fue su cabeza, menos su corazón".

El prócer decidió regresar a Chile. Ya estaba levantada la proscripción. Hizo los aprestos necesarios en los últimos días de 1841. Pero la hipertrofia cardíaca le iba a impedir la partida. Una crisis violenta de su enfermedad paralizó los preparativos de vuelta. En febrero de 1842 intentó de nuevo el viaje, mas su médico de cabecera, el doctor Young, se opuso tenazmente.

En la casa de Espaderos murió O'Higgins el 23 de octubre de 1842. En esa casa y en sitio preferente se exhibía un retrato de Don Ambrosio hecho a lápiz por artista anónimo. En la mañana del 23 de octubre, el enfermo se hizo vestir y trasladar a un sillón cerca de su cama. Se hallaban presentes su hijo Demetrio, su hermana Rosa, el caballero chileno Antonio Joaquín Ramos y la india Patricia.

Tres días después, el 26, fue enterrado en uno de los nichos del Cementerio General de Lima y un mes más tarde se celebraron exequias en la iglesia de la Merced. Era Presidente de la República el general Antonio Gutiérrez de La Fuente, quien asistió a la solemne ceremonia. Veintiséis años estuvo sepultado en Lima el cadáver de O'Higgins, y es sólo en 1868 que fueron enviados sus restos a Chile. El gobierno peruano entrególos a una comisión presidida por el Vicealmi-

rante Manuel Blanco Encalada. Firmó el acta de la entrega don Manuel Pardo, a la sazón Director de la Beneficencia Pública. El discurso oficial estuvo a cargo del Ministro Barrenechea, quien dijo entre otras cosas, las siguientes: "Vuestro Capitán General nos pertenecía, pero era ante todo vuestro. Por eso lo devolvemos. Sin embargo, esas cenizas os dirán que están naturalizadas en el Perú. Ellas son el glorioso recuerdo de una gloriosa unión! ¡Singular destino el del General Gran Mariscal O'Higgins. En el poder, en la prescripción y en la tumba sirviendo la misma causa, a la gran causa de la unión americana". Estas elocuentes palabras del Ministro Barrenechea sintetizan el símbolo y representan preciso resumen de lo que fue el soldado de la Emancipación, figura varonil y a la vez romántica, cuyo destino fue servir a la unión entre los pueblos y alejar en todo lo que pudo el fantasma de la guerra entre los países que había ayudado a libertar. San Martín había dicho que en él "había más cera que acero", pese a que su espada brilló con límpidos fulgores en cruentos combates.

Al comenzar este estudio me referí a la verticalidad de la historia y cité los nombres de cuatro personajes sobresalientes de la emancipación de la América del Sur. Todos tuvieron muerte desoladora. El destierro fue casi siempre el final penoso y triste. Bolívar murió muy joven después de haber dicho con acrimonia: "He arado en el mar"; Miranda estuvo predestinado a la desventura y sucumbió en una prisión de España; San Martín terminó sus días en Francia y O'Higgins en el Perú. Si todos están cerca de nosotros, Bernardo lo está más. Lima no fue cuna de los O'Higgins, pero sí fue su tumba. Aquí fallecieron Don Ambrosio, el prócer Bernardo, Isabel Riquelme y la media hermana del

soldado de Chillán, doña Rosa. Y como la patria, según Claudel, es: "el vaivén de las cunas y la quietud de las tumbas", nadie puede negar que en la historia de la ciudad de Lima hay y habrá siempre lugar para el de Irlanda y el de Chile, que nos pertenecen en parte, y que no olvidamos, porque en la profundidad de los años es donde se hallan las esencias espirituales de los pueblos.

Al morir Bernardo O'Higgins se mecieron en duelo las campanas, cada una con sus lenguas de bronce conocidas y familiares. Las de la Merced bambolearon su ruido seco, las de San Agustín fueron graves, las de Santo Domingo airosas como su fama, las de la Catedral solemnes como si doblaran dentro del túmulo de los siglos. Las de San Pedro, que habían sonado ya por el alma de su padre,se sumaron al dolor de todos en una polifonía musical con imperecederos repiques de destino.

BIBLIOTECA
"GENERALISIMO SAN MARTIN"
Clas. 923.50983/82M
Cat. tth - eod
No. Ing. C0324
Fecha 17e72

20 de Agosto de 1960 en el Sesquicentenario de la Independencia de Chile y 182 aniversario del natalicio de su Prócer Máximo.

MAISEL

(De la solapa anterior)

mica y social de ambos pueblos.

En el concierto de nuestras naciones, O'Higgins ha tenido el privilegio de unirnos cada vez en su acción y recuerdo, de tal manera que ya no sólo late en igual sentido, para el alma colectiva de Chile, sino para la patria hermana del Perú, a cuya sombra, en su vieja casona de Montalván, vio deslizarse los últimos años de su existencia. La altura cívica y espiritual de O'Higgins, en su vuelo de eternidades, niveló un sentido común de admiración y de respeto, para las generaciones que habrían de buscar en su fe y en su destino, toda la esencia necesaria al entendimiento americano y mundial. O'Higgins, desde su página guerrera, O'Higigns desde su página de gobernante, O'Higgins desde su página de paz y sosiego y O'Higgins desde su página eterna de sueño y de reposo, habría de señalarnos un camino por donde iría la planta del hombre buscador de anhelos y realidades. Esa es su grandeza, ése su inmenso valor, ése su vuelo, su altura, su brillo y su eternidad.

Nuestra especial muestra de gratitud al fino escritor Miró Quesada, y esta retribución sincera y amiga, al hacer efectiva la publicación de su pensamiento y de su obra.

MINISTERIO DE MARINA
REPUBLICA PERUANA
BIBLIOTECA



MA

92
O